

El seguimiento de Jesús

Jesucristo es la fuente y el modelo de toda vida cristiana y religiosa. Si la consagración religiosa encuentra su razón de ser y su autenticidad en el seguimiento radical de Jesús por amor, la formación a la vida consagrada no puede ignorar lo que Jesús ha dicho y hecho con respecto a la formación de sus seguidores.

Ciertamente Jesús no formó a religiosos, ni a novicios, ni a miembros de una comunidad particular. Pero sí formó discípulos, y más perfectamente formó al grupo de los doce Apóstoles, de modo muy explícito y prolongado.

La vida consagrada no es otra cosa que un modo "carismático" de seguir a Jesús como discípulo. Marcos nos ayuda a seguir el itinerario de los apóstoles a medida que Jesús los iba introduciendo en el ministerio del Reino y de su seguimiento en la fe y en el amor y los iba introduciendo en la vida fraterna y en la misión apostólica.

Que es ser discípulo de Jesús

El discipulado religioso era una condición bastante habitual e institucionalizada en el tiempo de Jesús (v.gr. rabinos, esenios, fariseos), de modo diferentes, recibían y formaban discípulos.

Esta forma de discipulado es por lo demás habitual antes y después de Cristo, en todos los lugares, y no sólo en el ámbito religioso.

Formas de discipulado en general: (para entender mejor al discipulado de Cristo)

- Los discípulos eligen al maestro, según el que mejor puede responder a sus propósitos.
- Los discípulos son aceptados a fin de estudiar una doctrina, un arte, un modo de vida o una práctica religiosa.
- Entre el maestro y el discípulo hay una especie de contrato, por el que el discípulo se compromete a ponerse bajo la dirección del maestro por una duración limitada de algunos años.

Jesús, Maestro original: Jesús con sus discípulos tuvo una relación mucho más rica y profunda. Fue maestro de modo enteramente original.

- Los discípulos no escogieron al Maestro, sino que Jesús «llamó a los que quiso» (Mc 3,13). Y así pudo luego decirles: «no me escogieron ustedes a mí, sino que yo les escogí a ustedes» (Jn 15,16).
- Ellos no aprendieron el cumplimiento de la voluntad de Dios a través de la Ley, sino a través del contacto con la persona de Cristo, palabra salvífica del Padre y sacramento de su voluntad (Mc 3,14).
- Entre Jesús y los discípulos no había ningún contrato sino una llamada que exigía una respuesta incondicional (Lc. 9, 57-62) definitiva y de por vida y no por un tiempo limitado (Jn 17,6-24ss).
- Los discípulos han de estar en actitud de escucha de la palabra de su Maestro Jesús; deben dejarse transformar por ella y comenzar así a construir una fraternidad permanente, la comunidad o familia de Dios, constituida no por los lazos de la «carne y de la sangre», o por cualquier tipo de ideología, sino por la escucha de la Palabra y su puesta en práctica (Mc 3,35).

También Jesús exige que sus seguidores no solo sean «alumnos», sino servidores de su Maestro (Mt 10, 24-25) unos de los otros y de los demás.

Así los discípulos aparecían en muchas ocasiones en plan de servir (Mc 6, 35-44; 8, 1-10; 11, 1-7; 14, 12-16 etc.). Esta actitud la han aprendido de Jesús (Lc 22,27; 12,37; Jn 13, 1-7).

Ser discípulo de Jesús significa: comprometerse a seguirle aprendiendo de él (Mt 11,29), compartir el riesgo e inseguridad de su existencia (Lc 9, 57), compartir sus pruebas aún hasta el martirio (Lc 22,28). Significa seguirle a donde quiera que vaya: «el que me sirve, que me siga, y donde estoy yo, estará también mi servidor» (Jn 12,26).

La llamada de los doce

El discipulado cristiano –y en él la vida religiosa- comienza por una llamada personal de Dios.

- a) **Escuchar la llamada de Dios:** Los apóstoles escuchan la llamada de Jesús dentro de su vida, situaciones y trabajo ordinarios: unos están pescando, otros en trabajos civiles (Mateo); unos llevan una vida honrada y son hombres religiosos, otros de fama dudosa, y no tienen inquietudes religiosas acentuadas: es decir la llamada de Dios es gratuita, no supone necesariamente méritos previos; es una forma de amor y de preferencia, Marcos (3,13) apunta a esto cuando dice que «llamó a los que quiso».
- b) **Estar con Él:** La llamada de Jesús es para entregarnos a él y seguirlo por la fe y el amor. Jesús no llama sólo a una tarea, una causa o una realización personal; llama a relacionarnos con su persona. «Jesús instituyó a los Doce para que estuvieran con él» (Mc 3,14). Se trata de «estar» con Jesús, de participar con su vida e intimidad, y de seguirlo a todas partes, como nuestro estilo y proyecto de vida.
- c) **Vivir como Él:** Lo cual implica aprender de Jesús todo y asumir su estilo de vida, hacer un continuo proceso de configuración con El. Nos anonadamos y asumimos su propio estilo de entrega, de servicio y de comunión con el Padre. Asumimos sus sentimientos, sus actitudes y nos asemejamos en todo a Jesús de tal forma que nos convertimos cada día en sus imágenes vivas. Jesús quiere que nosotros seamos signos permanentes de su presencia y de su amor. Esa es la condición para que podamos ser testigos suyos. El, como el más comprensivo de los amigos, sabe ayudarnos para que asumamos su vida nueva y la vivamos en nosotros (Jn 6,67-69).
- d) **«Ir con Él»:** Puesta esta condición, la llamada es igualmente «para enviarlos a predicar»: de esta comunión de vida con el Maestro nace la exigencia de ser sus testigos y de compartir su mensaje. Los discípulos son así Jesús mismo que prolonga su acción, lo testimonian eficazmente en el mundo (Mt 28,16-20).

Ir en su nombre y con su poder. Se trata de ir como enviados por Él. Él nos acompaña y nosotros mismos ni de dar lo nuestro, sino de darnos y dar a Jesús. Por ello, es más necesario entrar en comunión con Jesús antes de ir hacia nuestros hermanos. Así podemos ir con su poder y Él hará que nuestra palabra sencilla o nuestro servicio tenga mucho fruto.

- e) **Dar la vida con Él como Él:** Como Jesús, el misionero no busca ser servido sino servir. Por ello, cada día con mayor valentía apostólica, hemos de dar la vida sirviendo a los demás en el cumplimiento de nuestra misión. El ideal y la meta es la de ayudar a Jesús para que su Reino crezca en nosotros y en el mundo. Por eso, hemos de estar dispuestos a todo, con la fuerza el Espíritu Santo y el dar la vida, con Jesús, como Él por Él, será la garantía para que tenga fruto nuestra misión. El grano de trigo si se siembra y muere de mucho fruto (Jn 12,24).

La exigencia radical

El seguimiento de Cristo propone para los discípulos exigencias que son expresión del radicalismo de la fe y el amor necesarios para este seguimiento.

- a. **Fe en Él:** La exigencia más radical es la fe en Él y su Buena Nueva. Ella pone en movimiento la opción del discipulado, que es reconocer en Jesús al Dios que es Verdad, Camino y Vida, Luz que libera y da sentido a la vida. La fe es la primera condición que Jesús pone al llamar a los discípulos. Es la puerta de entrada del itinerario de su formación.

- b. **Renunciarse:** Enseguida está la renuncia. Si la fe animada por el amor es el motor del seguimiento, la renuncia es su condición indispensable, pues «no se puede servir a dos señores»: hay que renunciar a uno para quedarse con el otro. La renuncia es antes que nada personal e interior. Jesús exige que se tomen posiciones claras frente a Él (Mt 12,30) pidiendo el sacrificio, aún, de las relaciones más íntimas si éstas perjudican el seguimiento (Mt 10, 34-35) porque él ha de ser el amor preferencial en la vida del discipulado (Mt 10,37). Más aún, Jesús exige renunciar, a causa de este amor, a uno mismo, despreciando la propia vida (Lc. 14,26), llevando la cruz, y tal vez llegando al martirio como suprema identificación con él (Mc 8, 34-35). Exige, en suma, hacer de Dios (y no de sí mismo y sus proyectos) el centro de la vida («Perder la vida», Jn 12,25).

La renuncia lleva también a desprenderse y aún dejar personas y bienes, según las exigencias concretas y llamadas personales. Unos dejan la casa y la hacienda (Mc 10,29), las redes y las barcas (Mc 1,18). Pero todos renuncian a asegurarse la vida por un oficio convencional, y a conducirla a su manera, para seguir a Jesús en una vida incierta e itinerante.

- c. **Entregarse:** Jesús exige en sus discípulos una entrega irrevocable e incondicional. Su llamada es imperativa «Ven en pos de mí» (Mc 1,17). «Sígueme» (Mc 2,14) y exige una respuesta inmediata (Mc 1,18; 2,14) que no ha de ser pospuesta bajo el pretexto de «despedirse de la familia» o de «enterrar a sus muertos» (Lc 9,58). Igualmente Jesús previene contra las respuestas irreflexivas que no miden consecuencias (Lc 9,58) o las capacidades y fuerzas disponibles (Lc. 14, 28-33). Renuncian a todo lo que tienen.

- d. **Dar la vida, recompensa:** También unió la exigencia y la renuncia al premio y dones eternos (el Reino de los Cielos), ya anticipados aquí para los discípulos. «El ciento por uno en esta vida, y la vida eterna» (Lc. 19,28-30).

El proceso de la formación de los discípulos

El testimonio de los evangelios nos muestran que Jesús va formando a sus discípulos en un largo proceso de maduración, que incluye crisis, fracasos y momentos en que el seguimiento se renueva con nuevas exigencias y profundidad.

Encontramos varias llamadas de Jesús a los apóstoles, que van a responder a las etapas de su fe y a su disposición de renuncia: la primera llamada es después de la pesca milagrosa (Lc 5,1ss), Jesús llama a algunos apóstoles a «ser pescadores de hombres». Se trata de una empresa que los entusiasma. Ellos quieren actuar y hacer algo, aunque aún no comprendan bien ni al Señor ni al Reino que tienen que servir, y Jesús se adapta a su grado de madurez. Ellos dejan todo y siguen a Jesús.

La llamada se da en el momento de la elección de los doce (Mc 3,13). Aquí Jesús los constituye como Apóstoles, con una exigencia irrevocable: ir siempre con él y evangelizar con él.

La tercera llamada, la definitiva, se da a la orilla del lago, después de la resurrección (Jn 21,15ss). Los Apóstoles han crecido en madurez y en conocimiento de Cristo, pero también han tenido la experiencia de sus fracasos, de su infidelidad y de su ignorancia de las cosas del Reino. Están ahora preparados para seguir a Jesús que no estará entre ellos, con humildad y realismo, fundados ya no en su entusiasmo o en la fascinación de una empresa, sino en la fe y en la fuerza del Señor que está con ellos.

En este largo proceso, Jesús ha procurado conducir a sus discípulos:

a. De la ignorancia e inmadurez religiosa, al misterio de Jesús y del Reino.

Ignorancias, confusiones y malos entendidos religiosos son el punto de partida de toda formación cristiana. Los apóstoles, como los otros judíos de su tiempo eran hombres religiosos, pero como ellos también participaban de sus prejuicios e ignorancias con respecto al Mesías y a su Reino.

Ellos «miran y no ven, escuchan y no entienden» (Mc 6,52; 8,18; 9,32). Esta ignorancia y ceguera les impide entender la verdadera naturaleza de la misión del sufrimiento y de la cruz, de la resurrección del Maestro, de la Nueva Alianza, de la salvación universal por la fe en Cristo y no por la Ley.

Los apóstoles aceptan su ceguera y quieren ver y comprender. Sobre esta base Jesús les va revelando poco a poco, en un proceso que es indefinido, pues los apóstoles van entendiendo que su comprensión del misterio cristiano nunca va a terminar. En este sentido, la formación cristiana y religiosa es permanente, y un componente importante de ella es aceptar desde el inicio que somos ciegos e ignorantes ante el misterio a que hemos sido llamados.

b. De las motivaciones y «miras humanas» a la vida de fe.

Las reacciones de los apóstoles, tras la primera llamada a ser «pescadores de hombres», nos revela la deficiencia de sus motivaciones.

Ellos están atraídos por el entusiasmo mesiánico, por el deseo de protagonismo y por la inauguración rápida del Reino donde ellos serán importantes.

A partir de sus fracasos y desconciertos, Jesús va purificando los motivos del seguimiento, haciéndoles entender el primado de la fe, de la Palabra, y el valor salvador de la entrega de la propia vida por amor. En la última llamada, después de la resurrección, los Apóstoles están maduros para seguir a Jesús con un amor menos entusiasta y sentido, pero purificado por la fe (Jn 21,55 ss): «¿Pedro, me amas? Sí . . . Entonces sígueme . . .».

c. Del sectarismo a la misericordia.

Como sus demás compatriotas, los apóstoles estaban influidos por los prejuicios culturales de la sociedad, aún en sus ideas religiosas. Por eso participaban del sectarismo judío en cuanto al valor e interpretación rígida de la Ley, y la exclusión de los gentiles y de ciertos pecadores de las promesas de Dios.

Jesús los va liberando de sus prejuicios culturales, y les va enseñando el primado de la misericordia sobre la ley (Jn 8, 1ss), y las verdaderas preferencias de Dios, que no vienen por la carne y por la sangre sino por la fe y la práctica de la Palabra. Aprenden de la predilección de Jesús por los pobres y oprimidos y de su misericordia universal que busca las ovejas perdidas.

La formación no es sólo liberación personal, sino también liberación cultural para que domine la universalidad y la misericordia.

d. Del conocimiento del Reino a las condiciones de su programación.

La formación de Jesús no sólo quiere introducir en el misterio del Reino, sino que quiere formar Apóstoles de su Reino. En la última parte de su vida, que Jesús dedicó especialmente a la formación de los Doce, trata de inculcar en ellos las verdaderas exigencias del apostolado (Mc 8, 31-37).

Así les habla de la necesidad del padecimiento, la persecución y la cruz para traer el Reino (vg. A partir de la confesión de Pedro) habla de rechazo, desprecio y de pasión, en la que los discípulos han de participar (Mc 10, 32.34), y les presenta el misterio de la pascua como el centro del Reino que viene (Mc 9,31-32). Jesús va a insistir en el valor redentor de la negación de sí mismos (Mt 16,24ss.), de la donación de la propia vida (Jn 12,25), de la necesidad de «beber el cáliz» como él (Mc 10,35ss.).

Toda formación debe preparar para la persecución y la abnegación, como valores apostólicos.

e. De dejar cosas, personas y planes, a dejarse a sí mismo.

Desde la primera llamada de los doce habían «dejado todo»: barcas, redes, trabajo, familia y casa... Se habían embarcado en el plan de Jesús. Pero sólo al final, en la tercera llamada, comprenden que todo eso no era suficiente, ni lo más importante, y que era relativo a una renuncia más radical: el dejarse a sí mismo, su egoísmo y miras humanas, para dejarse conducir por Jesús. «Antes tu ibas donde querías... ahora te conducirá a donde tú no quieres» (Jn 21,18).

La formación a la vida fraterna (comunidad)

Jesús es también el formador de la comunidad de los Doce. Su punto de partida es un grupo heterogéneo difícil, siempre amenazado en la vida fraterna, en donde Jesús hace uso de su mejor pedagogía.

- a) Los doce eran un grupo humano difícil, por la diversidad de origen y de mentalidad: En el grupo hay pescadores, un cobrador de impuestos, dos de familia más acomodada (Santiago y Juan), casados y solteros, tres galileos y probablemente dos o tres zelotes. Es un grupo pluralista e irregular en su cultura y preparación. De él Jesús quiere hacer una comunidad fraterna.
- b) Pero diversas tendencias atentan permanentemente contra este ideal: deseo de protagonismo y por lo tanto rivalidades (Mc 9,33-38) ambiciones humanas y de «puestos» (Mc 10,35), dificultad para reconciliarse (Mt 18,21)... Ante esta realidad, Jesús llevó adelante una pedagogía del amor fraterno.
- c) **Actitud pedagógica del Señor:**

1. **Crea relaciones personales de amistad con cada uno.** Lo hace abriéndose (Jn 15,15) y hablándoles con toda claridad (Jn 16,25-29) y así logra que haya comunidad entre ellos (Jn 21, 2-3). Creó un clima de confianza mutua, sin barreras, donde estaba permitido equivocarse. No creó distancias con sus discípulos, sino que estuvo al servicio de ellos (Jn 13, 1-3) y logró un ambiente de sencillez, cordialidad y amor.

2. **La ley de amor es la norma de la fraternidad de los Doce.** Jesús está presente entre ellos por su Palabra y por su Espíritu, ayudándoles a madurar con su ejemplo personal más que multiplicando avisos y reprimendas, Jesús respeta a las personas y las acompaña en sus crisis; los acepta como son y no como deberían ser.

Sobre todo confía en ellos, a pesar de las fallas, y sabe esperar el cambio de las personas (vg. negaciones de Pedro, escepticismo de Tomás, etc.). Por amor respeta su libertad y su crecimiento, exhortando y llamando, sin imponer. Así ayuda a los discípulos a descubrir y valorar su libertad y disponibilidad por amor como esencial al discipulado cristiano.

3. **Jesús reserva las repreciones para casos especiales,** cuando hay algo que puede destruir la comunidad (ambición, protagonismo vg: Mc 9, 33-36) o para llamarles la atención por su dureza de corazón en creer y confiar (Mt 17,19 ss.).

El ambiente cordial y fraternal en la comunidad de los formados es de primera importancia. Se forma para la comunidad, pero la comunidad también la forma.

La formación apostólica

Ya hemos visto que la formación al apostolado era parte integrante de la formación de los Doce al misterio de Cristo y del Reino.

Algunas reflexiones respecto a esta pedagogía de Jesús:

- a) **Según el momento,** Jesús «formaba por la acción» (Lc 9,10; 10,17-24; Mc 6,30, «se reunieron con Jesús y le contaron lo que habían hecho»). De estas misiones de vida pastoral Jesús saca importantes criterios de acción.

1. Formación para la acción: Jesús los envía a predicar y luego les hace reflexionar para que vayan descubriendo el sentido de la misión.
2. Pero Jesús no se contentó solo con estas revisiones; también los instruyó más sistemáticamente sobre lo que han de anunciar y el modo de hacerlo; sobre el objetivo de la misión y sus exigencias espirituales (espiritualidad de la misión) Mt 10,5-42; Mc 6,7-11; Lc 9,1-11.

b) A través de esta formación, Jesús va purificando y profundizando el empeño misionero de los Doce.

1. Llevándolos del protagonismo propio y la pura eficacia personal, al protagonismo del Espíritu Santo que prolongará la obra de Cristo (Mt 10, 40-42; Mt 28,20; Jn 15,26 ss).
2. Llevándolos del puro activismo y «militancia» («ser pescadores de hombres»), a valorar la dimensión contemplativa del apostolado (vgr. la experiencia de la contemplación del Cristo transfigurado en el Tabor), y el valor de la fe, oración y la penitencia (Mt 17,19; Mc 9,28) por qué nosotros no pudimos expulsar el demonio... porque tienen poca fe... esta clase de demonios sólo se expulsa con la oración y el ayuno).

La formación a la experiencia de Dios

Esta dimensión de la formación de los discípulos es la más importante, y está en el trasfondo de todo lo anterior. Más que en ningún otro aspecto, Jesús va a formar en el descubrimiento y vivencia de Dios Padre transmitiendo progresivamente su propia experiencia y vivencia del Padre.

Jesús, por ejemplo, no funda una «escuela» o técnica de oración y contemplación, al estilo rabino, o de un «guru» u otros fundadores de movimientos religiosos, sino que en primer lugar, por su mismo ejemplo y experiencia religiosa transparente, despierta en los discípulos el deseo de la oración y de la experiencia del Padre (Lc 11,1 ss).

Es decir, para Jesús tan importante como orar es conocer el verdadero rostro del Dios al cual se ora, y la experiencia del Dios Padre que es amor es ya oración y la base de la formación a la contemplación (Jn 14,9 ss).

1. Los discípulos progresan en la experiencia de Dios al adentrarse en la intimidad de Jesús y de su identificación con el Padre. Para ellos la experiencia de Dios es la experiencia de la fe y amor a Jesús como sacramento de Dios. Jesús encarna la experiencia de Dios en medio de ellos; por eso la intimidad religiosa de Jesús se va a constituir en su principal polo de atracción en los discípulos y aún las multitudes (Jn 14,9 ss; el episodio de la Transfiguración como revelación de la intimidad religiosa de Cristo...).
2. Jesús como encarnación de Dios y de su experiencia es el camino para que los discípulos purifiquen su idea de Dios y del modo de relacionarse con él: los discípulos van descubriendo en el testimonio de Jesús el rostro del Dios Padre, del Dios del amor y de la misericordia, del Dios cercano y solidario con toda la miseria humana (la pobreza, el pecado y la ceguera). Con este Dios los discípulos aprenden a relacionarse con la oración, y aprenden las actitudes cristianas de la oración (Lc 11,1 ss; 22,39 ss).
3. Jesús une a la auténtica experiencia de Dios la fidelidad y disponibilidad a la Providencia de un Dios de amor (Jn 6,34 ss), en sí mismo y en los demás. Esta experiencia en un trasfondo de fidelidad y abnegación es fuente de alegría en el Espíritu y de testimonio atrayente.

Para Jesús, la experiencia de Dios requiere abnegación y muerte del egoísmo. Esto es aplicable a su idea de la oración y de la contemplación.

Obras Misionales Pontificias de Argentina